

Fondos orales y memoria urbana

Compromisos y urgencias

Edgardo Civallero

Conferencia de cierre del *II Encuentro del Centro de Documentación del CNCA* organizado por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile. Valparaíso, Chile, 25-26 de octubre de 2017.

Indeed, if these final decades of the millennium have taught us anything, it must be that oral tradition never was the "other" we accused it of being; it never was the primitive, preliminary technology of communication we thought it had to be. Rather, if the whole truth is told, oral tradition stands out as the single most dominant communicative technology of our species, as both a historical fact and, in many areas still, a contemporary reality. The miracle of the flat inscribable surface and Gutenberg's genius aside, even the electronic revolution cannot challenge the long-term preeminence of the oral tradition.

Foley (1999).

1. De memorias e identidades

Uno de los rasgos que caracteriza al ser humano es la producción, mantenimiento y conservación de una memoria colectiva: la suma de las historias, preceptos, percepciones, ideas y recuerdos que es común a un conjunto de individuos (*vid.* Donald, 1991; Halbwachs, 2004; Nora, 1978). Un conjunto cuyo tamaño puede oscilar entre el grupo —una familia, por ejemplo, o un club barrial— y la humanidad toda, pasando por comunidades, sociedades y naciones.

Nuestra identidad como individuos, como miembros de un colectivo o de un sector social, está basada precisamente en nuestros recuerdos: los propios y los heredados (*vid.* Eco, 1999, 2002; Wiesel, 2002). O en lo que queremos o creemos recordar, de la manera más o menos distorsionada en la que decidamos o prefiramos hacerlo. La memoria —las experiencias compartidas a lo largo del tiempo— nos hace quienes somos (*vid.* Assmann, 1988; De Zan, 2008; Mendoza, 2009; Souroujon, 2011).

La memoria colectiva —eso que algunos antropólogos llaman "memoria externa"— compone el patrimonio intangible de toda la humanidad (*vid.* Taylor, 1982-83). Son todos los manojos de hilo con los que se teje nuestro tapiz cultural, o las miles de briznas de hierba que forman la pradera casi infinita que somos nosotros, nuestros trayectos vitales y nuestros saberes. Es un conglomerado rico, denso, cambiante y, sobre todo, plural en todos los sentidos.

2. A lomos de lo hablado

Un significativo porcentaje de los conocimientos y saberes acumulados en la memoria colectiva suelen ser etiquetados como "tradicionales", pues forman parte de una tradición: un acervo de elementos seleccionados, depurados y "curados" por numerosas manos, de manera comunitaria, a lo largo del tiempo. Un corpus que es transmitido de una generación a la siguiente a través de unos métodos determinados, y en el que se recoge lo que ha sido considerado lo suficientemente importante o interesante —a escala grupal, evidentemente— como para ser codificado, conservado y perpetuado.

Estos saberes tradicionales han usado un buen número de canales y de soportes distintos para moverse. Uno de los más importantes ha sido la oralidad, la palabra hablada. No es el único, por cierto: a través de los siglos, similares resultados se han obtenido a lo largo y ancho del mundo gracias al uso de tejidos, tatuajes, cestos, diseños sobre cerámica, pinturas o dibujos, entre otros. Y, evidentemente, mediante todo tipo de documentos escritos e impresos. Pero la palabra hablada es, sin lugar a dudas, la forma más popular de transmisión de conocimientos. Todos esos contenidos que vuelan de boca en boca, de mayores a jóvenes, una y otra vez, constituyen una tradición oral: como su nombre indica, una tradición perpetuada oralmente por un conjunto determinado de personas, ya sean los miembros de una asociación, los componentes de un grupo musical, los marineros de un barco o los habitantes de una aldea...

La palabra hablada se caracteriza —y, a la vez, se diferencia de la escrita— por necesitar un oyente y por ser gramaticalmente compleja, rica, dinámica, relativamente espontánea (aunque pueda utilizar ciertas fórmulas), inmediata e inestable. Y muy frágil. A veces también puede ser engañosa, enrevesada y espinosa, incluso para sus propios cultores: en la tradición oral lo tangible y lo intangible, lo objetivo y lo subjetivo se mezclan tan íntimamente que hay ocasiones en que no se puede distinguir lo uno de lo otro.

La tradición oral suele cambiar. Pierde parte de sus contenidos y gana otros nuevos, o sufre modificaciones más o menos notables a distintos niveles. Tales cambios pueden ser forzados por circunstancias externas, pero por lo general obedecen a razones internas: responden a las necesidades de un grupo humano, que también cambia y precisa adoptar otras reglas, otras normas, otras visiones de su historia, otras costumbres y tradiciones. O simplemente tiene que ajustar las viejas para reflejar mejor los nuevos tiempos.

Las formas y los cauces que la tradición oral tiene para reunir y transmitir sus contenidos tienen por único límite la imaginación de sus productores. Y los contenidos transmitidos son prácticamente infinitos. El mapa mental de caminos por los que arrear el ganado en Coyhaique, o los sitios de recogida de cochayuyo en una costa accidentada, con toda su detallada micro-cartografía. La historia de una determinada receta de curanto, la de la composición de una décima popular, la del nacimiento de un refrán, la que existe detrás de una foto... Las instrucciones para gestionar correctamente un pedazo de bosque de alerces o de tamarugos, o para encontrar un poco de ñocha con la que armar un ñolkiñ. La trayectoria de un partido político, de una compañía, de una fábrica, de un kiosco. El relato que atraviesa un libro, una esquina en una ciudad cualquiera, un muro cubierto de grafiti... Todos esos contenidos, por pequeños e insignificantes que parezcan, son pedazos de nuestra memoria, de nuestra historia. Partes de nosotros como personas, como miembros de una sociedad, como componentes de un grupo, como habitantes de un lugar...

3. Entre calles y plazas

La tradición oral no se limita a aquellas poblaciones o grupos que no manejan las destrezas de la lecto-escritura; está vigente también entre las sociedades completamente alfabetizadas. Sobre todo en las ciudades.

En las comunidades urbanas contemporáneas, la tradición oral tiene una especial presencia entre aquellos sectores sociales que, por el motivo que sea, no han sido capaces de difundir sus opiniones y memorias por escrito. La memoria urbana es la encargada de dar cobijo a la historia de las tribus urbanas o de los indigentes y sin techo que deambulan por la ciudad; a la de los movimientos sociales y políticos que nacieron y crecieron a pie de calle; a la de las fábricas tomadas y los reclamos sindicales; a la de los barrios, siempre llenos de geografías cambiantes y poblaciones que vienen y van; a la de las fiestas y celebraciones, a la de cantinas y burdeles populares, a la de personajes

pintorescos, y a las muchísimas leyendas y narraciones que, a pesar de cambiar con los años, nunca desaparecen.

Y, como ocurre en las áreas no urbanas, la oralidad también canaliza una serie de saberes determinados, tanto entre los sectores alfabetizados hegemónicos como entre todos los demás: desde recuerdos familiares a historias locales, pasando por experiencias individuales o grupales relacionadas con ciertos acontecimientos históricos, tradiciones, juegos o incluso algunos trabajos artesanos.

Todas esas narrativas, además de ser uno de los componentes elementales de la identidad y la cultura de sus transmisores, completan y equilibran la "historia oficial": esa historia generalmente hecha "a medida" que explica un pueblo o un país. Y permiten la existencia de pluralidad y diversidad, dos valores que generalmente se dejan de lado para favorecer los discursos dominantes y la historia única.

4. La importancia de lo dicho

A pesar de haber sido ignorada e incluso desacreditada por muchas disciplinas académicas —sobre todo cuando se la ha comparado con la escritura— la oralidad ha estado en todas partes, todo el tiempo. Ha servido para la construcción y la transferencia de conocimientos en cada idioma utilizado desde que nuestra especie empezó a hablar. Y hoy sigue cumpliendo un rol esencial en la elaboración de saberes y en su comunicación y pervivencia.

La tradición oral es importante porque sirve de almacén y medio para conocimientos que no suelen encontrarse en ningún otro sitio; conocimientos que recogen acontecimientos, procesos, ideas, valores y experiencias que no aparecen reflejados en ningún otro documento. En ciertos casos, la tradición oral llega a ser el último refugio de datos al borde de la desaparición, codificados en lenguas igualmente amenazadas, o de informaciones que desafían el *statu quo* y surgen como respuestas a presiones, persecuciones o censuras. La tradición oral suele ser el canal de las "historias pequeñas", de las identidades ninguneadas, de las culturas atacadas y moribundas, de las visiones disidentes. Suele ser el rincón en el que se refugia el "Otro" cuando ya no tiene más espacios a donde ir.

Parte de este patrimonio intangible ha sido plasmado en soportes físicos. Esto libra a esos contenidos de la inestabilidad de lo oral y de un destino incierto, aunque, al mismo

tiempo, los aísla de la cadena de continua revisión y transformación que sufre toda tradición oral, y de todo su riquísimo contexto, lo cual implica una pérdida sustancial de información.

Otra parte, sin embargo, todavía circula de boca en boca, desprovista de sujeción o anclaje a un elemento material. Es la parte más delicada, y la que más atención y cuidado necesita. En especial cuando pertenece a las hebras más ajadas de los tejidos sociales: esas que sufren presiones, discriminación, olvidos continuos... En esos casos los canales orales suelen estar muy dañados, y en ocasiones han dejado de funcionar, con la consiguiente pérdida de contenidos.

5. Bibliotecas y oralidad

Una de las funciones centrales de las instituciones de conservación de la memoria — entre las cuales se encuentra la biblioteca— ha sido, como su nombre bien indica, la de recolectar, organizar y proteger nuestro patrimonio intangible. A esa función de conservación se le suman otras, de acceso y de divulgación.

Es así como la biblioteca juega el rol de guardiana de una parte de los saberes y las historias de su comunidad. Dicho rol la obliga a garantizar que la memoria colectiva que maneja sea accesible, a sabiendas de que su uso conlleva la posibilidad de un cambio, de un descubrimiento, de una mejora... Tiene, pues, la responsabilidad de que esos documentos —patrimonio y bien común de la sociedad a la que pertenecen— sean útiles, es decir, que cumplan un fin. Caso contrario, la propia existencia de la institución y de sus contenidos pierde buena parte de su sentido: una de las misiones esenciales de cualquier biblioteca es la circulación del conocimiento que alberga y organiza.

Por el mero hecho de jugar un rol semejante, la biblioteca debe ser, por un lado, un espacio de todos y abierto para todos; por el otro, debe intentar reflejar la cultura de todos.

Lo primero implica que el acceso a sus colecciones no debe estar reservado a determinados grupos o estamentos; deberían desarrollarse programas y acciones que permitan a toda la ciudadanía acceder, consultar y revisar su memoria colectiva, allí almacenada.

Lo segundo conlleva un abordaje plural e integral de esa memoria. En este punto es preciso señalar que buena parte de las colecciones bibliotecarias están basadas en el modelo estándar dominante, que da un lugar preferencial a la palabra escrita y a la fuente autorizada. Esto implica que las voces recogidas en dichas colecciones suelen ser, en líneas generales, las de aquellos que han podido escribir y publicar lo escrito, y cuyas palabras han sido consideradas como "apropiadas" para ser preservadas. La mayoría de las veces, esto se traduce, lamentablemente, en el triunfo de la visión de un determinado sector —con un origen étnico, un género, una posición socio-económica y política, unas creencias, un estatus, etc.— y en el abandono del resto de las visiones, que suelen obtener una representación testimonial, o simplemente silencio y olvido.

Con su amplia experiencia, las bibliotecas podrían hacer un trabajo brillante incorporando la tradición oral como parte vital de sus colecciones. Con la suma de fondos orales lograrían que toda la memoria colectiva, y no solo una selecta parte de ella, se encuentre en sus estantes. Y entre sus servicios.

Porque no basta con registrar la oralidad: también es necesario promover su práctica y hacer el mejor uso posible de ella.

La tradición oral forma parte de un proceso continuo y dinámico. Si se la aísla de su comunidad de práctica (creadores y usuarios), se convierte en una instantánea de un cuadro más amplio, una fotografía fija en cualquier momento que documenta un momento congelado en el pasado. Sin embargo, la tradición oral es mucho más que eso. Además de preservar un registro del pasado, continúa siendo la forma dominante de transmisión del conocimiento en el siglo XXI. Y aunque evidentemente puede beneficiarse de ser documentada y archivada, la tradición oral es una tradición viva, creada y perpetuada por las sociedades para servir a un propósito.

De modo que la oralidad no solo necesita ser rescatada y preservada. También precisa ser apoyada y visibilizada. Para ello es preciso comprometerse con la comunidad de usuarios en la realización de actividades que logren dicho objetivo. Y es preciso hacerlo de manera urgente: el mundo está cambiando, y las formas culturales transmitidas oralmente se encuentran bajo una fuerte presión.

5. Compromisos, acciones y urgencias

En la actualidad existe una nutrida serie de recomendaciones internacionales que resaltan el valor y la importancia del patrimonio intangible, hacen hincapié en su diversidad —un reflejo de la propia diversidad humana—, señalan algunas de las amenazas que sufre y de los problemas que padece, y sugieren posibles soluciones a corto, medio y largo plazo. Cabe destacar, entre todas, las de la UNESCO: la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural (1972), la Declaración de México sobre las Políticas Culturales (1982), la Recomendación para la Salvaguardia de la Cultura Tradicional y Popular (1989), la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial (2003), o la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales (2005), entre otras.

Las soluciones indicadas por esas recomendaciones y declaraciones conllevan una importante inversión de recursos humanos y económicos que solo unos pocos quieren o pueden realizar. De modo que buena parte de la memoria colectiva humana continúa deteriorándose y, eventualmente, perdiéndose. Esa es la razón por la que organizaciones como la UNESCO no dejan de insistir en la importancia y la necesidad de proteger el patrimonio intangible y de establecer programas con acciones concretas, intentando encuadrarlas incluso dentro de los 17 Objetivos de Desarrollo Sustentable contenidos en la muy mentada Agenda 2030 de la ONU.

Como gestora de unos contenidos únicos —será preciso recordar aquí que "la información es poder"— la biblioteca debe asumir el compromiso de la conservación y de la difusión del patrimonio intangible en general, y del oral en particular. Al incluir la tradición oral en sus colecciones y servicios y fomentar su uso, las bibliotecas pueden reforzar algunos hilos dañados de los tejidos sociales de los que forman parte. Pueden ayudar a que ciertos grupos sean visibles, desafiar los estereotipos y los prejuicios y favorecer el intercambio, el aprendizaje y el reconocimiento mutuo; pueden recuperar la historia y los conocimientos locales, redescubriendo costumbres y tradiciones y actualizando algunas de ellas de manera consciente.

Particularmente en un contexto urbano, las bibliotecas pueden identificar a los mejores practicantes de la tradición oral en sus comunidades ("libros vivos") y apoyarlos y alentarlos; pueden informar a sus usuarios (individuos, grupos, organizaciones, instituciones) sobre el conjunto de conocimientos que preservan y transmiten, explicando por qué esa tradición es importante y qué se puede hacer con ella y por ella. El personal de la biblioteca o cualquier otro miembro de la comunidad puede recoger

contenidos orales a través de diferentes medios, y organizarlos de tal manera que estén disponibles para el resto de los usuarios. Además, pueden proporcionarse libros, materiales audiovisuales y otros tipos de documentos para informar y apoyar a aquellos interesados en acercarse, comprender y poner en práctica la oralidad. Las bibliotecas también pueden crear espacios para que los "profesionales" de la oralidad enseñen su arte e intercambien sus saberes, amplíen las posibilidades de los cuenta-cuentos y aumenten la conciencia cultural a través, por ejemplo, de talleres sobre patrimonio intangible.

Las bibliotecas pueden unir fuerzas y colaborar con escuelas y otras organizaciones e instituciones culturales, sociales y educativas, para fomentar el uso de la tradición oral. Los cursos formales e informales sobre geografía, historia, literatura, lengua, música, ciencias naturales y artesanías pueden beneficiarse de la información contenida en la tradición oral; además, los programas interculturales y bilingües pueden hacer un uso pleno de ellos para apoyar idiomas en peligro de extinción y fortalecer la preservación de las identidades culturales.

El trabajo de las bibliotecas —y el de cualquier otro colectivo o institución similar— adquiere tintes de urgencia en relación a la tradición oral, especialmente la de las áreas urbanas. La ruptura de los canales de transmisión, las brechas generacionales y el predominio de los medios masivos de entretenimiento y de las nuevas tecnologías de la comunicación pueden lograr poner en peligro la memoria tradicional de muchas ciudades en un corto plazo de tiempo. Actuar es imprescindible.

6. Caminos

La biblioteca posee las herramientas necesarias para tomar acciones relacionadas con la recuperación de y el apoyo a la tradición oral. Unas herramientas, por cierto, cada día más potentes y diversas. Y resulta curioso notar que son precisamente algunos de los elementos tecnológicos que están colocando la oralidad bajo presión los que, utilizados coherentemente, pueden convertirse en una de sus tablas de salvación.

En este sentido, las humanidades digitales pueden aportar un marco útil. Fruto del encuentro entre las disciplinas académicas conocidas como "humanidades", las nuevas TICs y la cultura de las comunidades de Internet (*vid.* Burdick *et al.*, 2012; Schreibman *et al.*, 2004; Terras *et al.*, 2013), las humanidades digitales han traído a las ciencias sociales y humanas un soplo de aire fresco en forma de inconformismo (e incluso rebeldía) y

diversidad. Si bien reconocen muchos valores académicos de base —el pensamiento científico, las posturas analíticas y críticas, la seriedad y la honestidad intelectual, la investigación metódica—, rechazan de plano otros tantos, mientras al mismo tiempo asumen muchas de las ideas que dominan el universo virtual: el conocimiento abierto y libre, la pluralidad, el trabajo cooperativo, la multiplicidad de espacios y formas, el abandono del individualismo y de las vanidades y, sobre todo, un rechazo visceral hacia cualquier elemento que sea impuesto autoritariamente, sin debate o reflexión colectiva previa, y un inconformismo innato, que lleva a poner todo en duda y a querer ir siempre un paso más allá. Uno de los principales temas de discusión entre los aún incipientes grupos de humanidades digitales bibliotecológicas es el trabajo de las bibliotecas en la recuperación, conservación y difusión de saberes y memorias que no hayan asumido un formato escrito o audiovisual estricto. Se habla de perspectivas decolonialistas que buscan dejar de lado el modelo estándar de biblioteca, claramente eurocéntrico, y analizar otras posibilidades que incluyan los formatos, canales y códigos de uso más tradicional, como la oralidad.

Las bibliotecas pueden ayudar a recopilar, organizar y difundir la tradición oral y los documentos relacionados con ella. Pueden ayudar a las comunidades a reconectarse con sus conocimientos tradicionales y actualizarlos. Pueden desarrollar actividades de revitalización y recolección de tradición oral involucrando tanto a investigadores como a otros actores locales; algunas de estas actividades pueden arrojar luz sobre problemas locales, desafiar estereotipos, desmentir historias falsas, etc. A través de las muchas posibilidades existentes, bibliotecas, academia, instituciones y comunidades podrían adquirir conocimientos y experiencias y descubrir formas mutuamente beneficiosas de interacción, intercambio cultural, colaboración y aprendizaje, haciendo posibles muchas conexiones y explorando nuevas vías de mejora.

Un gran número de voces, pasadas y presentes, en contextos rurales y también en espacios urbanos, han encontrado y siguen encontrando refugio en el conocimiento "tradicional" y en todas sus formas de transmisión, incluyendo la oral. Todas ellas son parte de nuestra memoria colectiva. Si las bibliotecas están destinadas a ser los gestores de esa memoria, el archivo de las voces de la comunidad, deben incluir todas estas frágiles expresiones en sus colecciones.

Referencias

Assmann, Jan (1988). Kollektives Gedächtnis und kulturelle Identität. En Assmann, J.; Hölscher, T. (eds.). *Kultur und Gedächtnis*. Frankfurt/Main: Suhrkamp, pp. 9-19.

Burdick, Anne *et al.* (eds.) (2012). *Digital Humanities*. Cambridge (MA): The MIT Press.

De Zan, Julio (2008). Memoria e identidad. *Tópicos. Revista de Filosofía de Santa Fe (Argentina)*, 16, pp. 41-67.

Donald, Merlin (1991). *Origins of the Modern Mind: Three Stages in the Evolution of Culture and Cognition*. Harvard: University Press.

Eco, Umberto (1999). A todos los efectos. En Carrière, J. *et al.* (eds.). *El Fin de los Tiempos*. Barcelona: Anagrama, pp. 215-272.

Eco, Umberto (2002). Preámbulo ¿Sólo puede construirse el futuro sobre la memoria del pasado? En Barret-Ducrocq, F. (dir.) *¿Por qué recordar?* Barcelona: Granica, pp. 183-186.

Foley, John M. (1999). Introduction. What's in a sign? En Mackay, E. Anne (ed.). *Signs of Orality: The Oral Tradition and Its Influence in the Greek and Roman World*. Leiden: Brill.

Halbwachs, Maurice (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias.

Mendoza, Jorge (2009). El transcurrir de la memoria colectiva: La identidad. *Casa del Tiempo*, 2 (17), marzo, pp. 59-68.

Nora, Pierre (1978). La mémoire collective. En Le Goff, J. (dir.). *La nouvelle histoire*. París: Retz-CEPL, p. 398.

Schreibman, Susan *et al.* (eds.) (2004). *A Companion to Digital Humanities*. Oxford: Blackwell Publishing.

Souroujon, Gastón (2011). Reflexiones en torno a la relación entre memoria, identidad e imaginación. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 8 (17), septiembre-diciembre, pp. 233-257.

Taylor, Hugh A. (1982-83). The Collective Memory: Archives and Libraries as heritage. *Archivaria*, 15, Winter, pp. 118-130.

Terras, Melissa *et al.* (eds.) (2013). *Defining Digital Humanities. A Reader*. Surrey: Ashgate Publishing Ltd.

Wiesel, Elie (2002). Prefacio. En Barret-Ducrocq, F. (dir.) *¿Por qué recordar?* Barcelona: Granica, pp. 11-13.

Lecturas complementarias

Civallero, Edgardo (2006). Quebrando el silencio: Bibliotecas, archivos y tradición oral. *Códice. Revista de la Facultad de Sistemas de Información y Documentación*, 2 (2), pp. 27-35. [En línea]. <https://www.academica.org/edgardo.civallero/93.pdf>

Durkheim, Émile (1982). *The Rules of Sociological Method*. Nueva York: The Free Press.

Finnegan, Ruth (1970). A Note on Oral Tradition and Historical Evidence. *History and Theory*, 9 (2), pp. 195-201.

Halliday, Michael A. K. (1985). *Spoken and written language*. Oxford: University Press.

Harms, Robert (1979). Oral Tradition and Ethnicity. *Journal of Interdisciplinary History*, 10 (1), pp. 61-85.

Morgan, James (2008). *What is orality?* [En línea]. <https://orality.imb.org/files/1/202/What%20is%20Orality.pdf>

Moss, William W. (1988). Oral history. En Stricklin, D.; Sharpless, R. (comps.). *The past meets the present: essays on oral history*. [Boston?]: University Press of America.

Okihiro, Gary Y. (1981). Oral History and the Writing of Ethnic History: A Reconnaissance into Method and Theory. *The Oral History Review*, 9, pp. 27-46.

Ong, Walter J. (2002). *Orality and literacy: The Technologizing of the Word*. Londres, Nueva York: Routledge.

Vansina, Jan (1961). *De la tradition orale. Essai de méthode historique*. Tervuren: Musée Royale de l'Afrique Centrale.